

La revolución de la independencia del Perú (1860) de Benjamín Vicuña Mackenna en la historiografía peruana*

VÍCTOR PERALTA RUIZ

Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Madrid)

victor.peralta@cchs.csic.es

RESUMEN

*Este artículo se concentra en el estudio del impacto del libro *La revolución de la independencia del Perú (Lima, 1860)* del historiador chileno Benjamín Vicuña Mackenna (Santiago, 1831-1886). Inicialmente, se discute la novedad del uso del término «revolución» por parte de este autor en una época en que la historiografía peruana rechazaba el uso político de aquel. A continuación, se incide en la recepción que tuvo esta obra de Vicuña por parte de la historiografía peruana de los siglos XIX y XX, señalándose los motivos de su no incorporación como texto de apoyo a la formación del discurso nacionalista del Estado peruano.*

Palabras clave: Benjamín Vicuña Mackenna, independencia, periodo republicano, historiografía, Perú

ABSTRACT

*This article will center on the impact of the work *La revolución de la independencia del Perú (Lima, 1860)* by the Chilean historian Benjamín Vicuña Mackenna (Santiago, 1831-1886). It will discuss the novelty of the use*

* Este artículo se inscribe en los proyectos I+D financiados por el Ministerio de Ciencia e Innovación de España que tienen las referencias HAR2010-17580 y HAR 2011-23225.

of the term «revolution» in an age in which Peruvian historiography rejected the political use of that term. It will then discuss the reception of Vicuña's work in Peruvian historiography in the nineteenth and twentieth centuries. In particular, it underlines the reasons why this work was not included as a supporting text in the formation of the nationalist discourse of the Peruvian state.

Key Words: *Benjamín Vicuña Mackenna, Independence, Republican period, Historiography, Perú*

La historiografía peruana comenzó su andadura para confeccionar un relato de nación recién en la segunda mitad del siglo XIX. Los historiadores tuvieron un papel fundamental en la elaboración de los primeros discursos e imaginarios relacionados con la forja de una idea de patria. Las interpretaciones que estos hicieron fueron claves para asentar la legitimidad de una elite criolla en la conducción del incipiente Estado-nación.¹ En ese contexto, la época de la independencia fue un tiempo esencial para ensayar el vínculo entre discurso y poder. Oficialmente se reconoce que la confección de esa narrativa relacionada con una imaginada conciencia patriótica por alcanzar la emancipación de España fue planteada por primera vez, de modo sistemático, por el historiador Mariano Felipe Paz Soldán en su *Historia del Perú independiente* (tres volúmenes publicados entre 1868 y 1874). Sin embargo, sorprende que fuese un extranjero quien, ocho años antes que Paz Soldán, publicara una síntesis sobre el periodo de la emancipación.²

¹ Dager Alva, Joseph. *Historiografía y nación en el Perú del siglo XIX*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 2009, p. 18.

² Se puede comparar el caso de Vicuña con el de otro historiador extranjero, el español Sebastián Lorente, cuya historia del Perú en varios tomos tuvo mayor fortuna en el medio académico peruano entre 1860 y 1879. Coincidió con la opinión de Francisco Quiroz sobre Lorente en que «su condición de extranjero puede ser parte de la explicación [de su historia abarcadora, inclusiva de periodos y territorios, conciliadora de grupos étnicos

Y no solo eso, sino que además sostuviera que era falso señalar que la independencia fuera indiferente a los peruanos, cuando no combatida por estos, así como que esta se alcanzara exclusivamente como resultado de la intervención del ejército libertador comandado por el general José de San Martín. Estamos refiriéndonos al historiador chileno Benjamín Vicuña Mackenna en su texto *La revolución de la independencia del Perú desde 1809 a 1819* (1860), que publicó en Lima con apenas 29 años. Esta precocidad era aún más destacable si se tiene en cuenta que contaba ya con varias obras publicadas entre 1855 y 1860, entre ellas dos voluminosos estudios dedicados, respectivamente, a los ostracismos de los hermanos Carrera y de Bernardo O'Higgins. Vicuña llegó a ser uno de los más importantes representantes de la historiografía chilena del siglo XIX, al lado de Gonzalo Bulnes, Diego Barros Arana y Miguel Luis Amunátegui. Todos estos hombres de letras se caracterizaron por producir una historiografía política, militar e institucional de gran nivel pero de horizonte aristocrático y, en particular, desvinculada de los problemas sociales, económicos y culturales.³ No obstante lo anterior, otra faceta de la trayectoria de Vicuña, que no se debe olvidar, es que fue un apasionado político liberal que experimentó la persecución y el destierro por parte del gobierno conservador de Manuel Montt en 1859. Tras residir varios meses en Inglaterra, optó por establecerse en el Perú en enero de 1860. En Lima, el gobierno del general Ramón Castilla ya acogía a otros políticos chilenos liberales que eran enemigos de Montt, como, por ejemplo, los hermanos Francisco y Manuel Bilbao.

y sociales, conciliadora entre los dos centros históricos del país (el Cuzco y Lima)], pero difícilmente sea suficiente para entender lo inclusivo de su propuesta. Creo que lo que más influye en Lorente es ser un hombre liberal y republicano involucrado con la suerte histórica y el futuro de su país de adopción» (Quiroz Chueca, Francisco. *De la patria a la nación. Historiografía peruana desde Garcilaso hasta la era del guano*. Lima: Asamblea Nacional de Rectores, 2012, p. 297).

³ Gazmuri, Cristián. *La historiografía chilena (1842-1970)*. Santiago de Chile: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Taurus Historia, 2006, t. I, pp. 85-89; Woll, Allen. *A Functional Past: The Uses of History in Nineteenth-Century Chile*. Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1982.

La idea de escribir sobre la independencia peruana surgió en Vicuña a raíz de publicar en el diario *El Comercio* una serie de artículos bajo el título de «Lord Cochrane y San Martín», en los que se encargó de refutar las memorias publicadas por el marino británico, en las cuales este descargaba su ira contra el libertador argentino y, de paso, también contra Chile. El mismo Vicuña comentó que al emprender esa tarea, «hásenos venido a las manos tal masa de documentos notables, de noticias desconocidas, de recuerdos perdidos o truncados, pero auténticos, que por necesidad hemos tenido que variar nuestro plan». ⁴ En efecto, la refutación pasó a convertirse finalmente en el recuento de unos hechos históricos que antecedieron a la presencia en las costas peruanas de Cochrane y San Martín. El escrito fue redactado y concluido en apenas unas semanas, siguiendo una férrea disciplina de trabajo. El 28 de junio de 1860, ya terminada su nueva empresa editorial, Vicuña se la dedicó al general argentino Juan Gregorio de las Heras, lugarteniente de San Martín, a quien calificó como «el Sucre del Sud». ⁵

VICUÑA MACKENNA Y EL CONCEPTO DE «REVOLUCIÓN»

Para los primeros historiadores de las independencias hispanoamericanas, fue indispensable definir a las mismas como revoluciones. El hecho reconstruido debía tratarse como una gesta guerrera de liberación, con sus respectivos héroes, mártires y malvados, lo que había ocurrido con la revolución francesa de 1789 o la española de 1808. Así fue como se concibieron la *Historia de la revolución de Nueva España antiguamente Anahuac* (1813), de fray Servando Teresa de Mier; la *Historia de la revolución de la república de Colombia* (1827), de José Manuel Restrepo; las *Memorias para la historia de la revolución de Centro-América* (1832), de Manuel Montúfar; o los *Apuntes para la historia de la revolución del*

⁴ Vicuña Mackenna, Benjamín. *La revolución de la independencia del Perú desde 1809 a 1819. (Introducción histórica que comenzó a publicarse en el «Comercio» de Lima, en forma de artículos críticos, con el título de Lord Cochrane y San Martín)*. Lima: Imprenta del Comercio por J. M. Monterola, 1860, p. 3.

⁵ *Ib.*, loc. cit.

Alto Perú, hoy Bolivia (1855), de Manuel María Urcullu. El concepto de revolución mantuvo relativamente su significado positivo de revuelta o rebelión contra la injusticia y la explotación. Los sucesos ocurridos en Francia en 1830 y 1848 reafirmaron la carga de valor positiva contenida en ese vocablo. Pero salvo estas coyunturas, el resto del siglo XIX la voz «revolución» experimentó cierto desprestigio, y «mientras la palabra se degrada y trivializa, en el plano de las representaciones simbólicas va tomando cuerpo el mito renovado de la revolución como ideal nunca alcanzado de igualdad y justicia».⁶

Como ferviente liberal, Vicuña creyó en el efecto positivo de las revoluciones. Defendió a lo largo de su trayectoria académica una «revolución del porvenir», a la que definió como la consolidación de la «obra de la inteligencia laboriosa y de las ideas que un día regenerarían la especie humana».⁷ A partir de esta concepción general, Vicuña definió la revolución de las independencias como una ley tanto divina como del tiempo y, concretamente para el caso americano, una derivación infalible del coloniaje y del crecimiento nacional. La revolución era, además, una ley de desenvolvimiento nacional o, como lo define el historiador chileno en sus propias palabras, «un principio moral, una idea. El mundo se transformaba dando vuelcos inconmensurables y terribles. Una revolución profunda y salida de madre desquiciaba los ejes de la antigua sociabilidad».⁸ Vicuña comparó la revolución de la independencia hispanoamericana con un terremoto a escala continental porque no solo supuso un cambio de administración, sino porque «fue un cataclismo que dura todavía y que durará como duró la conquista, como duró el coloniaje, como duran todas las infancias en que se elabora

⁶ Fernández Sebastián, Javier y Juan Francisco Fuentes (dirs.). *Diccionario político y social del siglo XIX español*. Madrid: Alianza Editorial, 2002, p. 634.

⁷ Cit. por Rénique, José Luis. «Benjamín Vicuña Mackenna: exilio, historia y nación». En McEvoy, Carmen y Ana María Stiven (eds.). *La república peregrina: hombres de armas y letras en América del sur. 1800-1884*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos, Instituto de Estudios Peruanos, 2007, p. 495.

⁸ Vicuña Mackenna, *La revolución de la independencia*, p. 45.

una organización fuerte y activa».⁹ En otras palabras, era una gran transformación marcada por un designio espiritual y humano irreversible. Por ello mismo, toda revolución contaba con sus apóstoles, sus creyentes, sus mártires y, sobre todo, sus genios, que progresivamente devenían en sus caudillos o libertadores. Por eso, la responsabilidad del historiador debía consistir en reconstruirla cronológicamente y, a partir de un método basado en la interpretación de los documentos, determinar sus fases e identificar a sus actores más descolantes.

Cuando se publicó en Lima *La revolución de la independencia del Perú*, el país vivía los estertores de la llamada revolución liberal de 1854, que permitió al general Ramón Castilla alcanzar un segundo mandato. Lejos ya quedaba esa utopía formulada por Francisco Bilbao de que aquella jornada revolucionaria había representado la conquista de la soberanía, que debía continuar su desarrollo en el gobierno de la libertad.¹⁰ El concepto de revolución, políticamente, había quedado devaluado porque Castilla acató pero incumplió la Constitución que en 1856 elaboró la Convención Nacional dominada por los liberales. De aquella revolución quedó poco luego de que el militar tarapaqueño se distanciase de todos los políticos que ayudaron a encumbrarle y abrazara al final de su régimen la causa conservadora, personificada por el sacerdote ultramontano Bartolomé Herrera.¹¹ Este presidió el Congreso que en 1860 sancionó una nueva Constitución, más moderada que la que había sido promulgada cuatro años antes. Con el fracaso de la generación liberal del 54, en adelante la revolución en la política perdió su sentido utópico y quedó asociada a meros golpes de cuartel.

Si la palabra «revolución» estaba devaluada en la política peruana, no fue mejor el significado que tuvo esta voz en el raquítrico ámbito historiográfico de la primera mitad del siglo XIX. Antes del escrito de Vicuña, solo dos obras hicieron referencia a la independencia como una

⁹ Ib., p. 47.

¹⁰ Bilbao, Francisco. *El gobierno de la libertad*. Lima: Imprenta del Comercio por J. M. Monterola, 1855, p. III.

¹¹ Peralta Ruiz, Víctor. «La guerra civil peruana de 1854. Los entresijos de una revolución». *Anuario de Estudios Americanos*. LXX/1 (2013), pp. 195-219.

revolución, pero la una para calificarla de una frustración (las *Memorias y documentos para la historia de la independencia del Perú*, de P. Pruvonena, seudónimo de José de la Riva Agüero) y la otra para desacreditarla (la *Historia de la revolución hispanoamericana*, de Mariano Torrente). Riva Agüero atribuyó el fracaso de la revolución en el Perú, en la que tuvo un protagonismo fundamental, al establecimiento de la democracia por el Congreso Constituyente de 1823. En efecto, reprochó hasta la fecha de su muerte el sistema representativo, «que igualó en un todo a los negros e indios, aún en la mayor estupidez, a las personas más respetables por su costumbres, educación, saber y riqueza».¹² Por su parte, Torrente, todavía esperanzado en 1829 en que España recuperaría sus dominios de ultramar, consideraba que la solución para el desgobierno que estaba viviendo Hispanoamérica era restaurar la monarquía de Fernando VII, porque «el genio de la revolución todo lo tala, destruye y extermina; el gobierno legítimo cura las heridas, cicatriza las llagas y abre nuevas fuentes de riqueza».¹³ Pese a la enorme distancia ideológica entre Riva Agüero y Torrente, Vicuña tildó de pasquines a las dos obras y no las consideró como publicaciones fiables para reconstruir los hechos.

En cuanto a las fuentes, confesó el historiador chileno que no pudo valerse de los archivos peruanos. Atribuyó al incendio del palacio de gobierno de 1822 la pérdida de la mayor parte de los documentos sobre guerra y marina. Comprobó que la Biblioteca Nacional carecía de interés por los escasos materiales que custodiaba y únicamente el Archivo del Congreso conservaba un número reducido de papeles importantes para su empresa. Ante esta orfandad de repositorios, llenó el vacío recurriendo a los testimonios orales de algunos civiles y militares que participaron en la independencia y aún estaban vivos. Él mismo mencionó la colaboración de los siguientes personajes: Manuel Pérez de Tudela, Francisco Javier Mariátegui, José Pardo de Zela, el general Manuel de Mendiburu,

¹² Pruvonena (Riva Agüero, José de la). *Memorias y documentos para la historia de la independencia del Perú, y causa del mal éxito que ha tenido ésta*. París: Librería de Garnier Hermanos, 1858, t. I, p. 7.

¹³ Torrente, Mariano. *Historia de la revolución hispanoamericana*. Madrid: Imprenta de don León Amarita, 1829, t. I, p. 103.

el coronel Juan Espinosa y el contralmirante Eduardo Carrasco, entre otros más. También mencionó haber conocido a Mariano Felipe Paz Soldán, pero que este solamente le permitió hacer una ligera inspección de sus materiales manuscritos y bibliográficos con los que redactaba la *Historia del Perú independiente*. Pero no solo de lo que hoy se conoce como historia oral se nutrió *La revolución de la independencia*. Vicuña resaltó el uso del archivo —integrado por cartas a personajes como el almirante Martín Jorge Guisse y por un significativo número de folletos— que reunió un excéntrico filósofo irlandés conocido como Juan Thomas, el mismo que se conservaba en la hacienda Montalván. Asimismo, varias personas con las que el historiador chileno entabló amistad le confiaron escritos a los que consideró como verdaderas primicias documentales. Así calificó, por ejemplo, a la memoria imparcial que sobre la revolución cuzqueña de 1814 había redactado el regente Manuel Pardo, manuscrito que se lo proporcionó el coronel Juan Francisco Maruri y que no dudó en reproducirlo íntegramente en su obra. Vicuña prometió en el epílogo de *La revolución de la independencia* complementar su libro con la publicación de un apéndice documental en el que quedarían justificados algunos de los hechos por él narrados, pero este proyecto nunca se realizó.

Vicuña planteó tres principios para caracterizar la originalidad de la revolución de la independencia del Perú: 1) que este país no fue ajeno sino que se sumó al concierto de realidades hispanoamericanas que lucharon por su independencia, aunque de una manera soterrada y clandestina; 2) el estallido revolucionario continental de 1810 fue vital para que los caudillos peruanos interiorizaran la necesidad de romper con la dominación española; y 3) al igual que en todos los escenarios en donde caló el separatismo, el Perú tuvo sus mártires, sus héroes y sus caudillos que tomaron conciencia de la necesidad de hacer una revolución. Al proceder así, Vicuña formuló una propuesta interpretativa inédita, ya que hasta entonces no existía ningún acercamiento historiográfico al periodo coyuntural inmediatamente anterior a la llegada de la expedición libertadora de San Martín. Solo dos obras podrían citarse como antecedentes del ambicioso proyecto del historiador chileno, aunque de objetivos muy distintos por ser más bien simples recuentos de sucesos

cronológicos sin ningún método interpretativo ni afán explicativo. Nos referimos a *Las tres épocas del Perú o compendio de su historia* (1844), de José María Córdova y Urrutia, y a *La floresta española peruana* (1848), de Mariano Pagador.

Para Vicuña era necesario desmontar una suposición que parecía teñir como un pecado original el recuerdo histórico de los peruanos, esto es, que el país había sido ajeno a lo ocurrido en el continente entre 1810 y 1821. El historiador chileno no solo discrepaba de esta postura, sino que se impuso demostrar con pruebas que «aquella opinión generalmente aceptada sobre el rol reaccionario que representó el Perú en los primeros años de la lucha americana, está basada más en el error a que muchas veces induce el cómputo de las fechas cuando no le precede el análisis filosófico de los acontecimientos».¹⁴ Su esquema interpretativo tuvo que confeccionarse a partir de un axioma que marcó el contenido ideológico de todas las historiografías decimonónicas, el mismo que se resume en que la lucha por las independencias confrontó exclusivamente a españoles contra criollos. De esa contienda excluyó a los líderes y poblados indígenas porque consideró que sus rebeliones se hicieron bajo otro tipo de objetivo reivindicativo, más acorde con las revoluciones propias del Antiguo Régimen. Para Vicuña, rebeliones como la de Túpac Amaru en 1780 y hasta la intervención del propio Mateo García Pumacahua en la revolución cuzqueña de 1814 «fueron trasuntos del revuelto espíritu castellano, empapado todavía en aquella edad en el contagio de las comunidades, o los actos grandes y lastimeros que cerraban el prolongado drama de la conquista indígena de América».¹⁵ Resulta llamativo cómo este planteamiento sería retomado en el siguiente siglo por John Leddy Phelan para caracterizar la rebelión de los comuneros en Nueva Granada.¹⁶

Para la historiografía romántica, de la que fue tributario Vicuña, las más importantes evoluciones de la humanidad se encarnaban en uno o

¹⁴ Vicuña Mackenna, *La revolución de la independencia*, p. 50.

¹⁵ *Ib.*, p. 89.

¹⁶ Phelan, John Leddy. *El pueblo y el rey: la revolución comunera en Colombia, 1781*. Bogotá: Carlos Valencia, 1980.

varios individuos predestinados. De ahí la importancia de fabricar las primeras historias de bronce que contribuyeran a identificar el patriotismo y la heroicidad.¹⁷ Fiel a ese principio, Vicuña concibió el inicio de la revolución en el Perú a fines del siglo XVIII y, en su opinión, ella se encarnó en dos personajes ilustrados: Toribio Rodríguez de Mendoza, rector del convictorio de San Carlos, y Pedro José Chávez de la Rosa, obispo de Arequipa. Con el primero acertó porque la posterior historiografía oficial, en la que destacó la interpretación renovadora de Jorge Guillermo Leguía en la década de 1920, iba a colocar al sacerdote criollo Rodríguez de Mendoza en el rango de los próceres de la independencia por su influencia en la formación de las futuras generaciones de republicanos. En 1971, un volumen de la *Colección documental de la independencia del Perú* dedicado a Rodríguez de Mendoza lo perennizó definitivamente como padre de la patria. En cambio, menos fortuna entre los historiadores contemporáneos tuvo el deseo de Vicuña de catapultar a ese pedestal del nacionalismo al gaditano Chávez de la Rosa, pese a haber sido preceptor de futuros religiosos liberales como Francisco Javier de Luna Pizarro y Francisco de Paula González Vigil. Unos criollos aceptados en el firmamento de los forjadores de la nación y otros definitivamente no, tal fue el destino de los apóstoles, héroes y mártires de la revolución de la independencia peruana concebidos por Vicuña.

Fue en los capítulos titulados «La independencia del Perú considerada en los hechos que la precedieron» y «La independencia del Perú desde sus primeros levantamientos armados hasta los preparativos de la invasión de San Martín», en donde Vicuña perfiló el esquema cronológico de aparición de los héroes de la nueva nación. En sus palabras, todos ellos representaron la manifestación en los hechos del espíritu rebelde surgido en el transcurso del siglo XVIII y que solamente 1810 posibilitó que eclosionara. En el Perú, esos actos de heroicidad lo inauguraron los patriotas José Manuel Ubalde y Gabriel Aguilar con su abortada revolución en el

¹⁷ Una discusión sobre la historia de bronce generada por las independencias se encuentra en Earle, Rebecca. «*Sobre Héroes y Tumbas: National Symbols in Nineteenth-Century Spanish America*». *Hispanic American Historical Review*. LXXXV/3 (2005), pp. 375-416.

Cuzco en 1805. Siguiéron a esta, en 1808, los planes independentistas concebidos por los médicos de la Universidad de San Marcos, entre ellos Hipólito Unanue, José Gregorio Paredes, José Pezet y Gabino Chacaltana. Un año después, en la capital, se produjo la fallida conspiración contra el virrey José de Abascal del abogado limeño José Mateo Silva y el tendero gallego Antonio María Pardo. En 1810, ya bajo la influencia de la Revolución de Mayo y coincidiendo con la formación de la junta de gobierno en Chile, se reportó en Lima otra conspiración, tramada esta vez por el mayordomo del arzobispo, Ramón Anchoris, quien fue secundado por el abogado Mariano Saravia, el editor Guillermo del Río, el cura Cecilio Tagle, los comerciantes Minondo y López y el argentino José Boqui. En 1811, se produjo la primera insurrección armada, que fue liderada por el tacneño Francisco Antonio de Zela, balanzario de las cajas reales. En 1812, Vicuña identificó dos movimientos sediciosos: el primero ocurrió en Huánuco y lo lideró el regidor Juan José Crespo y Castillo, y el segundo, si bien no llegó a estallar en Lima, lo acaudilló el abogado José Baquijano y Carrillo. En 1813, ocurrió la segunda insurrección en Tacna, liderada en esta ocasión por Enrique Pallardelle. Entre 1814 y 1815, hizo coincidir el historiador chileno tres hechos: la revolución de los hermanos Angulo en el Cuzco, la conspiración del coronel salteño Saturnino Castro en el Alto Perú, y la conjura llamada del Número en la fortaleza del Callao, planeada por el abogado Francisco de Paula Quirós, el que fue secundado por José Pardo de Zela y los prisioneros del Alto Perú y Chile. En 1818, Vicuña citó una conspiración preparada por el reo José Gómez en Lima para destituir al virrey Joaquín de la Pezuela, la cual no se llevó a cabo. Por último, para 1819 destacó el complot en que participaron José de la Riva Agüero, Eduardo Carrasco, Mansueto Mansilla y el cura Cecilio Tagle, en connivencia con los emisarios del general San Martín enviados desde Chile.

El estilo desordenado de Vicuña en el tratamiento de cada uno de los casos citados en el párrafo anterior, con interrupciones y disquisiciones inoportunas y largas notas a pie de página que dificultaban una lectura fluida, desmereció la novedad del planteamiento. No obstante este imponderable, el empeño del autor de sacar del olvido la «revolución

de la independencia peruana» le condujo en una de sus últimas anotaciones a proponer al Ministerio de Instrucción Pública y a la Dirección General de Estudios que se adoptara en el Perú «el mismo plan que se ha arbitrado en Chile y el que hasta aquí, desde 1845 en que se planteó, ha dado los más felices resultados». ¹⁸ El mismo debía consistir en que la Universidad de San Marcos asignara a uno de sus miembros un tema histórico a partir de 1810, que cubriera dos o tres años, para que en la sesión anual de claustro pleno este se leyera y luego se imprimiese para su distribución gratuita por parte del Estado. En paralelo, propuso a la Dirección General de Estudios que anualmente señalara a un maestro el tratamiento de un tema histórico a partir de 1821 «y, así, en ocho o diez años, estaría completamente escrita toda su historia contemporánea. La adopción de esta medida parece tanto más urgente cuanto que aún sobreviven varios de los más notables protagonistas de la primera época de la revolución». ¹⁹ Para Vicuña, esa era la única fórmula para salvar la «historia verdadera» de la independencia del Perú, la cual, en su opinión, corría el riesgo de ser desvirtuada y falsificada por la circulación de pasquines como los de Riva Agüero o Torrente.

La propuesta de Vicuña no fue escuchada. Dicha opción era propia del voluntarismo del historiador que siente la necesidad de fabricar un discurso oficial al servicio del asentamiento del Estado-nación, lo cual ni en Chile tuvo éxito. En efecto, los trabajos encomendados por la Universidad de Chile para confeccionar la historia nacional de 1810 a 1833 a Manuel Antonio Tocornal, Diego José Benavente, Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui, Salvador Sanfuentes, Domingo Santamaría y Diego Barros Arana, fueron más bien los esbozos de las obras mayores que estos autores escribieron en la madurez de sus trayectorias académicas. Por lo demás, estos «historiadores universitarios», como con acierto los denomina Rafael Sagredo, fueron tributarios de la primera historia oficial de Chile encomendada en 1839 por el ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública, Mariano Egaña, al naturalista francés

¹⁸ Vicuña Mackenna, *La revolución de la independencia*, pp. 267-268.

¹⁹ *Ib.*, p. 269.

Claudio Gay, «en medio de la euforia nacional desatada por el triunfo chileno del mes de enero de aquel año en el conflicto militar que lo había enfrentado contra Perú y Bolivia».²⁰ Los tomos VII y VIII de la *Historia física y política de Chile* de Gay, dedicados a la independencia, fueron publicados en París, respectivamente, en 1870 y 1871.

EL JUICIO DE LA HISTORIOGRAFÍA PERUANA DE LOS SIGLOS XIX Y XX

La flamante obra que surgió como una rectificación a las memorias de Cochrane le generó a Vicuña un serio altercado con Manuel Bilbao, otro historiador chileno igualmente exiliado y que un par de años antes había publicado en Lima una extensa biografía sobre el general Felipe Santiago Salaverry, el mismo que en 1835 se opuso infructuosamente al proyecto de la Confederación Perú-Boliviana. Era pública la enemistad entre Vicuña y Bilbao, por lo que este último no desaprovechó la circunstancia de ser responsable de la edición en español de las memorias de Cochrane para enfilar contra aquel. En una nota a pie de página, Bilbao resumió *La revolución de la independencia* como un batiburrillo desordenado de capítulos dedicados a historias de conventos, a diversiones de toros, a recepciones de doctores e incluso a la política del gobierno chileno en 1859. Como nada se trataba de la presencia de Cochrane en el Perú, continuó afirmando Bilbao, para completar sus páginas Vicuña

se ocupa de hacer el panegírico de todas las personas que visitó en Lima y de prodigar una rastrera adulación a cuanto individuo encontró poderoso [...]. El público sensato de Lima destinó la obra citada para el archivo de las pulperías, porque ningún hombre probo podía consentir en que se hiciera de los gloriosos recuerdos de la revolución una chacota tan denigrante.²¹ Vicuña reaccionó a este ataque en mayo de 1863 con la publicación en el

²⁰ Sagredo Baeza, Rafael. «De la historia natural a la historia nacional: la *Historia física y política* de Claudio Gay y la nación chilena». En Palacios, Guillermo (coord.). *La nación y su historia. Independencias, relato historiográfico y debates sobre la nación*. México D.F.: El Colegio de México, 2009, p. 342.

²¹ La nota de Bilbao a la edición en español de las memorias de Cochrane puede consultarse en Donoso, Ricardo. *Vicuña Mackenna*. Buenos Aires: Editorial Francisco Aguirre, 1977, pp. 157-158.

periódico santiaguino *El Ferrocarril* de una furibunda réplica, titulada «Mi respuesta a un pasquín de don Manuel Bilbao», en la que, entre otros cargos, acusó a este último de supuestos negociados emprendidos en el Perú. Como resultado de ello, Bilbao llevó a Vicuña a los tribunales por abuso de la libertad de imprenta, y como era de esperarse, fue condenado, aunque con una pena mínima.²² Al margen de este pleito personal, nos interesa comprobar si lo afirmado por Bilbao acerca de la recepción de la obra de Vicuña en Lima era cierto o no.

Cuando en 1868 publicó Mariano Felipe Paz Soldán el primer volumen de su *Historia del Perú independiente*, hacía ocho años que Vicuña había retornado a Santiago, dedicándose en adelante a escribir exclusivamente sobre temas históricos chilenos y a incursionar en la política. Sorprende que en el prólogo Paz Soldán solamente extracte una larga cita del *Ostracismo de O'Higgins* alusiva a la responsabilidad de usar los documentos solo para probar los hechos y no calumniar, y, por el contrario, no cite en ningún momento el escrito de Vicuña referido a la emancipación del Perú. Esta exclusión tal vez halle su explicación en las consideraciones vertidas por Paz Soldán respecto de los escritos dedicados a la independencia aparecidos antes que el suyo: «mi trabajo es el primero que se publica en su naturaleza: hasta hoy no han salido, sino *Folletos* ya en pro o en contra de determinadas personas o negocios; *Memorias* más o menos exactas y quizá cuadernos denominados *Historia*, escritos con pasión, con rapidez eléctrica y llenos de falsedades».²³ Se podría pensar que Paz Soldán está incluyendo en la última categoría al libro de Vicuña. Más todavía cuando, unos párrafos más adelante, confiesa que el mayor escollo que encontrará su obra será no caer en las falsas y erróneas noticias que se tienen de los hechos, las cuales se nutren de los testimonios orales de los propios protagonistas: «he desconfiado de la tradición, he dudado del juicio de algunos contemporáneos sobre los sucesos de que fueron

²² Vicuña, Manuel. *Un juez en los infiernos. Benjamín Vicuña Mackenna*. Santiago de Chile: Universidad Diego Portales, 2009.

²³ Paz Soldán, Mariano Felipe. *Historia del Perú independiente*. Lima: Impresa en El Havre en la imprenta de Alfonso Lemale, 1868, vol. I, p. III.

actores o testigos, sin dejar por ello de consultarlos, oírlos y meditar». ²⁴ De estas palabras se comprende cómo una fuente que fue esencial en lo que escribió Vicuña pasa a convertirse para Paz Soldán en el mayor obstáculo para hacer una historia verdadera, que solo se puede confeccionar a partir de los documentos escritos. Por carecer de esa prueba, Paz Soldán no se atrevió más que a enumerar en un breve párrafo los movimientos y asonadas «heroicas» entre 1805 y 1819 —con algunas citas erróneas, como cuando escribe «Ugalde» y no «Ubalde»—, estudiadas detalladamente por Vicuña. Incluso el historiador peruano recuperó el discurso sobre la independencia concedida gracias a la intervención de ejércitos extranjeros —a pesar de aceptar que hubo sentimientos de rechazo a España previos a la llegada de San Martín— porque consideró que el territorio peruano no podía liberarse por sí mismo. Esto se debía a «la falta de unidad en los planes, la escasez de luces y los ningunos elementos de guerra, [que] hicieron inútiles los esfuerzos heroicos». ²⁵

En 1869, Francisco Javier Mariátegui, en sus observaciones a la obra dedicada a la historia de la independencia escrita por Paz Soldán, criticó que este hiciera afirmaciones equivocadas basándose exclusivamente en la interpretación de los documentos que poseía, los mismos que consideró tan parcializados como los testimonios orales vertidos por los actores de la época. Por eso, en su condición de protagonista de la independencia, Mariátegui refutó en 29 anotaciones, y a partir de sus propios recuerdos y de los testimonios de otros testigos de ese periodo, lo que Paz Soldán había asumido como la historia verdadera. Si bien en ningún momento hizo referencia a *La revolución de la independencia*, Mariátegui parecía dar más carga de veracidad a una obra como la de Vicuña, en la cual abundaba el uso del recuerdo de los que vivieron la emancipación. Otro aspecto que Mariátegui criticó a Paz Soldán, y que tácitamente le hizo coincidir con lo afirmado por Vicuña, fue el asunto de la tardía y pasiva participación de los peruanos en el movimiento separatista. En efecto, mientras Paz Soldán afirmó que la opinión favorable hacia la libertad se

²⁴ *Ib.*, vol. I, p. V.

²⁵ *Ib.*, vol. I, pp. 26-27.

activó recién en el Perú en el momento en que San Martín fomentó la creación de las guerrillas, las mismas que incluso para aquel solamente fueron pretexto para ocultar las operaciones militares de la expedición libertadora, Mariátegui retrucó que la opinión pública por la independencia «formada estaba desde el año 10, y lo comprueba los procesos a los patriotas, los destierros y prisioneros que sufrieron, y la pura e inocente sangre que en los cadalzos derramaron [...]. El historiador debe dar a cada uno lo que le toca, y no debe darle a San Martín todas las glorias, defraudando al que las merece».²⁶

A diferencia de lo afirmado por Manuel Bilbao sobre su nulo valor historiográfico, las críticas de Mariátegui a Paz Soldán prueban que la estela de *La revolución de la independencia* estuvo detrás de la principal polémica que se entabló en el siglo XIX sobre el significado de la emancipación del Perú, aunque Vicuña, extrañamente, no fuese citado. Otro prestigioso historiador, el general Manuel de Mendiburu, leyó el libro de Vicuña y lo incluyó en el catálogo de las obras que debían consultarse obligatoriamente para la historia del Perú, el que apareció en el primer tomo de su monumental *Diccionario histórico biográfico*, obra publicada entre 1874 y 1890. Pero Mendiburu tampoco llegó a usar el texto de Vicuña, quizás porque falleció sin haber podido culminar la parte de su diccionario correspondiente a la emancipación y la república.

Vicuña, hasta el momento de estallar la guerra del Pacífico en 1879, fue un decidido admirador del pasado del Perú y un leal defensor de sus amistades políticas peruanas. De esto último dieron fe los artículos que publicó en *El Ferrocarril* dedicados a ensalzar la controvertida personalidad del ex presidente Manuel Pardo, asesinado en Lima en noviembre de 1878, y en la que al calificarlo de estadista, le comparó con Diego Portales.²⁷ Como resultado de esta defensa apologética, la Facultad de Letras de la Universidad de San Marcos, por medio del decano Sebastián

²⁶ Mariátegui, Francisco Javier. *Anotaciones a la Historia del Perú independiente de don Mariano Paz-Soldán*. Lima: Imprenta de El Nacional, 1869, p. 44.

²⁷ Vicuña Mackenna, Benjamín. *Manuel Pardo ex-presidente del Perú. Breves apuntes i revelaciones sobre su vida (Homenaje de un chileno a su memoria)*. Santiago de Chile: Imprenta de la Librería del Mercurio, 1878.

Lorente, le otorgó el título, al igual que a Diego Barros Arana, de miembro honorario de la institución. Vicuña correspondió a este homenaje con la publicación, en enero de 1879, de *La justificación del ex presidente don Manuel Pardo*, que fue su respuesta a los principales detractores de sus artículos en defensa del fallecido mandatario peruano. Cuando se produjo la declaratoria de guerra de Chile al Perú y Bolivia el 5 de abril de 1879, el gobierno chileno se encargó de hacer público el tratado secreto de mutua defensa que en 1873 habían firmado los gobiernos de Manuel Pardo y Adolfo Ballivián, el mismo que se interpretó como un ataque directo al país del Mapocho. La figura pública de Pardo se deterioró en Chile y el antiguo amigo se transformó en enemigo de la supervivencia de esta nación. Afectado por esta noticia, Vicuña se vio en la obligación de retractarse de sus publicaciones apologéticas dedicadas a Pardo. El 15 de abril de 1879, redactó un escrito dirigido a la Universidad de San Marcos, en el que además de renunciar al nombramiento conferido el año anterior, denunciaba el tratado secreto de 1873 como

una conjuración clandestina, que era y es por sí sola un ultraje sangriento a la probidad de mi país y a la buena fe de todas las naciones americanas, [por lo] que retiro como chileno y americano, por mi libre albedrío y deliberación, todo lo que en elogio y alabanza de don Manuel Pardo dije en su calidad de mandatario americano y de amigo de Chile y de los chilenos.²⁸

El 1 de mayo, el Consejo de la Facultad de Letras de San Marcos acordaba borrar a Vicuña de su nómina de miembros honorarios y consideraba su carta de renuncia como una «ofensa inferida a la Universidad de Lima, con expresiones injustas para el Perú y para uno de sus hijos más preclaros [es decir, Pardo]».²⁹

El sentimiento pro-peruano de Vicuña abruptamente se transformó en un odio visceral hacia aquel país.³⁰ El historiador chileno se convirtió en el propagandista de una campaña bélica que definió como una

²⁸ Cit. en Donoso, *Vicuña Mackenna*, p. 383.

²⁹ Sánchez, Luis Alberto. «Prólogo». En Vicuña Mackenna, Benjamín. *La independencia en el Perú*. Buenos Aires: Editorial Francisco Aguirre, 1971, p. IX.

³⁰ Gazmuri, Cristián. *Tres hombres, tres obras. Vicuña Mackenna, Barros Arana y Edwards*

cruzada «civilizadora», en la que Chile representaba moralmente el espíritu emprendedor de la nación trabajadora. Por el contrario, no tuvo inconveniente en calificar a Bolivia y el Perú de países «bárbaros» por estar infectados del atraso y la holgazanería de su población indígena.³¹ Su postura pro-bélica en el Congreso y en la prensa chilenos se resume en una frase de arenga anxionista: «si queréis ser dueños del Pacífico no soltéis el Morro [de Arica]». ³² Sus extensas crónicas sobre la guerra, que tituló sucesivamente *Historia de la campaña de Tarapacá* (1880), *Historia de la campaña de Tacna y Arica* (1881) e *Historia de la campaña de Lima* (1881), fueron un desborde de subjetividad al denigrar en todo momento al enemigo. La indignación de Mariano Felipe Paz Soldán ante lo escrito por Vicuña fue tal que le replicó con su *Narración histórica de la guerra de Chile contra el Perú y Bolivia* (1884), obra que, como la del historiador chileno, se situó en una apasionada defensa de la causa de los aliados derrotados. Vicuña falleció en 1886 y la pregunta obligada que debe hacerse es si su recalcitrante postura belicista contra el Perú afectó la credibilidad de su escrito sobre la independencia publicado en 1860.

Ya en el siguiente siglo, concretamente en 1910, José de la Riva-Agüero publicó su tesis doctoral dedicada a analizar la historia de la historiografía peruana. *La historia en el Perú* no se ocupó de *La revolución de la independencia* por no ser una obra producida por un historiador peruano. Pero Riva-Agüero reconoció el valor de este trabajo cuando criticó que la *Historia del Perú independiente* de Paz Soldán careciera de un capítulo dedicado a los antecedentes nacionales de la emancipación, el cual, por ejemplo, destacara el papel de la rebelión de Pumacahua y los hermanos Angulo en el Cuzco en 1814. Riva-Agüero no encontró ninguna razón que justificara esta garrafal ausencia porque consideró que Paz Soldán pudo recurrir al «inapreciable libro del chileno don Benjamín Vicuña

Vives. Santiago de Chile: Editorial Sudamericana, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2004, p. 37.

³¹ McEvoy, Carmen. *Armas de persuasión masiva. Retórica y ritual en la guerra del Pacífico*. Santiago de Chile: Centro de Estudios Bicentenario, 2010.

³² Cit. en Donoso, *Vicuña Mackenna*, p. 403.

Mackenna [...], corrigiendo y ampliando, según le era fácil, sus datos documentarios y tradicionales».³³

Con ocasión del centenario de la independencia en 1921, cuya celebración oficial correspondió organizar al autodenominado gobierno de la Patria Nueva de Augusto B. Leguía, Chile fue una de las pocas naciones no invitadas debido a la tensión generada por el incumplimiento de su parte de la cláusula del tratado de paz de 1883 que le obligaba a celebrar un plebiscito en las provincias anexadas peruanas de Tacna y Arica. Esta tensión diplomática se volvió a repetir en 1924 con ocasión de la conmemoración del centenario de la batalla de Ayacucho. Sin embargo, inesperadamente ese mismo año, en Lima, salió a la luz la segunda edición de *La revolución de la independencia* de Vicuña.³⁴ Esta publicación la gestionó Luis Alberto Sánchez, quien, en su prólogo, mencionó como justificación de la nueva circulación de la obra de Vicuña que esta era la mejor respuesta que podía darse al libro sobre la expedición libertadora del Perú escrito por el capitán del ejército chileno Ángel Moreno Guevara.³⁵ En este último se volvía a sostener el discurso sobre la independencia concedida del siglo XIX, es decir, «que la libertad del Perú se debió en gran parte a los auxilios chilenos y que los peruanos no realizamos el menor esfuerzo por vernos libres, sino que, antes bien, pugnamos por permanecer dependientes de España, enamorados del yugo y de la servitud».³⁶ Pero esta edición de *La revolución de la independencia*, tal como sucedió con la de 1860, no tuvo mayor impacto en el ámbito historiográfico. Escritores dedicados a tratar temas de la independencia, como Manuel C. Bonilla, Germán Leguía y Martínez, y Jorge Guillermo

³³ Riva-Agüero, José de la. *La historia en el Perú*. Lima: Instituto Riva-Agüero, 1965, p. 430.

³⁴ Vicuña Mackenna, Benjamín. *La revolución de la independencia del Perú*. Lima: Editorial Garcilaso, 1924.

³⁵ Moreno Guevara, Ángel. *Historia militar de la expedición libertadora del Perú, 1820*. Santiago de Chile: Imprenta del Ministerio de Guerra, 1920.

³⁶ Sánchez, Luis Alberto. «Prólogo». En Vicuña Mackenna, *La revolución de la independencia*, 1924, p. VII.

Leguía, ignoraron en sus trabajos el método cronológico propuesto por el historiador chileno.

Hubo que esperar a que Jorge Basadre publicara su clásico libro *La iniciación de la república* entre 1929 y 1930 para asistir a la primera utilización, por parte de la historiografía peruana, de *La revolución de la independencia*.³⁷ En el capítulo primero, titulado «La monarquía en el Perú», Basadre hizo referencia a la existencia en España y el Perú de un partido americano seguidor del liberalismo peninsular que dominó las Cortes de Cádiz en la época en que gobernó el virrey Abascal. Su afirmación para el caso peruano se sustentó en lo señalado por Vicuña tanto acerca del liderazgo moderado en ese supuesto partido asumido por el abogado José Baquijano y Carrillo como por el discurso contestatario de *El Satélite del Peruano* en 1812. Sin embargo, Basadre discrepa con el historiador chileno cuando este último atribuye al liberalismo moderado de Baquijano una vinculación con el partido que apoyó la causa de la princesa Carlota Joaquina. Para Basadre, la prueba de que el liberalismo peruano no estuvo comprometido con el carlotismo lo encontró en un artículo del propio *Satélite*, en el que se calificaba de odiosa la dominación portuguesa.

Páginas más adelante, Basadre, al abordar el papel revolucionario de José de la Riva Agüero, reconoce que este «estuvo complicado en casi todas las conspiraciones limeñas, que tuvieron por sustento casi siempre el apoyo de los aristócratas», y para demostrarlo, inserta la cronología de asonadas limeñas entre 1808 y 1819 elaborada por Vicuña en *La revolución de la independencia*.³⁸ No obstante, Basadre no parece compartir el entusiasmo del historiador chileno de equiparar lo ocurrido en Lima a partir de 1810 con lo que sucedió en otras capitales hispanoamericanas que optaron por separarse progresivamente de España. Sus palabras al respecto fueron concluyentes; sostuvo que «en Lima no fue muy ardoroso el entusiasmo emancipador [y ello] lo revelan varios documentos de la

³⁷ Basadre utilizó la edición de 1924.

³⁸ Basadre, Jorge. *La iniciación de la república. Contribución al estudio de la evolución política y social del Perú*. Lima: Librería Francesa Científica, 1929-1930, t. I, p. 14.

época publicados en la correspondencia del general San Martín». ³⁹ Por referirse únicamente a la aristocracia limeña, Basadre excluyó de la cronología elaborada por Vicuña al movimiento de Pumacahua y los hermanos Angulo en el Cuzco en 1814, que el historiador chileno consideró como el máximo ejemplo de la revolución de la independencia en el Perú.

En la segunda mitad del siglo XX, la obra de Vicuña prosiguió el sendero hacia su revalorización como fuente bibliográfica fiable. En sus apuntes del curso universitario *Fuentes históricas peruanas*, Raúl Porras Barrenechea consideró que el libro «es de los más completos y contribución esencial a la historia de nuestra emancipación [...]. Sus datos y copiosas notas aclaratorias son inestimables para la reconstrucción histórica de ese período». ⁴⁰ José de la Puente Candamo añadió varias décadas más tarde que debía considerarse la obra de Vicuña como el primer estudio amplio dedicado al tiempo de los precursores de la independencia peruana, además de ser «un bello testimonio de los esfuerzos de los conspiradores y revolucionarios, y del empeño de los intelectuales en sus alegatos y polémicas. Algunas cuestiones generales son estudiadas con propiedad, en un tiempo que se orienta más a la narración». ⁴¹ De la Puente Candamo, en las décadas de 1950 y 1960, animó un grupo de estudio en el Instituto Riva-Agüero dedicado al análisis de las causas de la emancipación, y sus temas fueron una profundización de las conspiraciones estudiadas por Vicuña (Aguilar y Ubalde, Anchoris, conde de la Vega del Ren, los médicos de San Fernando). ⁴² Otro movimiento

³⁹ Ib., t. I, p. 15.

⁴⁰ Porras Barrenechea, Raúl. *Fuentes históricas peruanas (Apuntes de un curso universitario)*. Lima: Instituto Raúl Porras Barrenechea, 1963, p. 291.

⁴¹ Puente Candamo, José A. de la. *La independencia del Perú*. Madrid: Editorial MAPFRE, 1992, p. 25.

⁴² Puente Candamo, José A. de la. *La conspiración de Aguilar y Ubalde (Documentos para su estudio)*. Lima: Instituto Riva-Agüero, 1960; Pacheco Vélez, César. «Las conspiraciones del conde de la Vega del Ren». *Revista Histórica*. XXI (1954), pp. 355-425; Puente Candamo, José A. de la. «Documentos sobre el conspirador Anchoris». En *La causa de la emancipación del Perú. Testimonios de la época precursora, 1780-1820. Actas del simposio organizado por el Seminario de Historia del Instituto Riva-Agüero*. Lima: Instituto Riva-Agüero, 1960, pp. 538-544; Gordillo de Delucchi, Lyda. «La conspiración de San

identificado por el historiador chileno, la conspiración nonata del abogado José Mateo Silva, fue desarrollado por Luis Antonio Eguiguren en un documentado estudio.⁴³

Un ejemplo contemporáneo de la exhaustiva consulta y citación de las páginas del libro de Vicuña se halla en el estudio que Jorge Arias-Schreiber dedicó a los médicos de la independencia.⁴⁴ Otro caso prueba la utilidad del texto del historiador chileno incluso para rebatir el discurso de sus compatriotas. Cuando con motivo de la celebración del sesquicentenario de la independencia se publicó por primera vez el estudio inédito de Germán Leguía y Martínez sobre la historia del Protectorado —el mismo que debió salir a la luz cincuenta años antes—, la obra de Vicuña se convirtió en sustento de la réplica realizada por el prologuista Alberto Tauro a un lejano artículo del escritor chileno Manuel J. Vega. Este último afirmó, en el diario *El Mercurio* del 16 de enero de 1919, en pleno contexto de frialdad en las relaciones entre el Perú y Chile, que «fuimos nosotros [los chilenos] quienes con la Expedición Libertadora hicimos brotar en el Perú la primera chispa de amor patrio». Tauro consideró que «no es necesario elaborar ahora una argumentación para destruir esa peregrina concepción. Basta repetir a Benjamín Vicuña Mackenna, poseedor de un conocimiento directo de la sociedad y la historia peruanas, para reconocer la faz de la verdad».⁴⁵

Paradójicamente, cuando Tauro prologó el texto sobre el Protectorado elaborado por Leguía y Martínez, en el Perú la nueva historia social y económica comenzó su auge académico, y entre sus aportes estuvo el de desempolvar y reformular el discurso de la independencia concedida del siglo XIX. Los estudios de Heraclio Bonilla, Karen Spalding, Brian

Fernando. Estudio crítico de sus fuentes». En *La causa de la emancipación del Perú*, pp. 526-537.

⁴³ Eguiguren, Luis Antonio. *Guerra separatista. La tentativa de rebelión que concibió el doctor José Mateo Silva, en Lima*. Buenos Aires: Imprenta López, 1957, 2 vols.

⁴⁴ Arias-Schreiber Pezet, Jorge. *Los médicos en la independencia del Perú*. Lima: Editorial Universitaria, 1971, pp. 24-28.

⁴⁵ Tauro del Pino, Alberto. «Prólogo». En Leguía y Martínez, Germán. *Historia de la emancipación del Perú: el Protectorado*. Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú, 1972, t. I, p. LXX.

Hamnett y Timothy Anna hicieron hincapié en que el virreinato fue exclusivamente un bastión antiindependentista. La posibilidad de que la aguda crisis económica y la acelerada descomposición social provocaran una revolución de las clases subalternas, lideradas por los indígenas o por los esclavos, fue finalmente la que obligó a las conservadoras elites aristocráticas a colaborar con las expediciones libertadoras. La coyuntura política transcurrida entre 1808 y 1821 fue reinterpretada como el escenario del fortalecimiento de la contrarrevolución de Abascal y de Pezuela, autoridades ambas secundadas por una elite cuyo sueño era recuperar el esplendor virreinal de las épocas anteriores al reformismo borbónico del siglo XVIII. Basadre, aisladamente, emprendió una crítica razonada a este planteamiento, inaugurado por Bonilla y Spalding, pero su empeño no tuvo seguidores.⁴⁶ Con el asentamiento discursivo de la nueva versión de la independencia concedida perdió interés la discusión o consulta de obras como *La revolución de la independencia del Perú*.

Actuales investigaciones dedicadas a evaluar el impacto del liberalismo hispánico en el Perú entre 1810 y 1820 no deberían omitir que ya sobre ello había tratado la obra de Vicuña. Las inexactitudes históricas en que incurrió este escritor en relación con el ideario y los representantes de lo que llamó el «movimiento liberal peruano-español» en el Perú —en el primer caso calificándolo de pro-carlotista y en el segundo otorgando su liderazgo a Baquijano y Carrillo, Abascal y La Serna— no desmerecen su aportación pionera. Este movimiento liberal surgió, como lo propuso el historiador chileno, vinculado a la aplicación de la libertad política de imprenta sancionada por las Cortes de Cádiz el 10 de noviembre de 1810. Las páginas que dedicó Vicuña a los periódicos liberales, en especial a los casos de *El Peruano*, *El Satélite del Peruano* y *El Verdadero Peruano*, tuvieron que esperar a investigaciones hechas en el siglo XX para ser totalmente esclarecidas.⁴⁷ Otro tema que el historiador chileno

⁴⁶ Basadre, Jorge. *El azar en la historia y sus límites. Con un apéndice: la serie de probabilidades dentro de la emancipación peruana*. Lima: P. L. Villanueva, 1973.

⁴⁷ Villanueva, Carmen. «*El Peruano* y la libertad de imprenta (1811-1812)». Tesis de licenciatura en Historia. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1968; Martínez Riaza, Ascensión. *La prensa doctrinal en la independencia del Perú*. Madrid: Instituto de

abordó de manera pionera fue la participación peruana en las Cortes de Cádiz. Haciendo uso de los diarios de las Cortes, describió Vicuña detalladamente la participación de Vicente Morales y Duárez y otros diputados suplentes —como Antonio Suazo, Ramón Feliú o Dionisio Inca Yupanqui— en los principales debates celebrados en 1810 relacionados con la representación e igualdad de derechos entre americanos y españoles.⁴⁸ Por ello, el historiador chileno concluyó que «debe reconocer [el Perú] como una de sus mejores glorias la influencia positiva que el talento de sus hijos ejerció en aquel cuerpo [legislativo] a la par con el de otras secciones de Sud-América».⁴⁹ Indudablemente, por adelantarse a su tiempo, el libro de Vicuña merecería ser nuevamente consultado.

CONCLUSIONES

Benjamín Vicuña Mackenna perfiló una historia sobre la independencia del Perú que procuró proporcionar una identidad nacionalista a los criollos limeños, pese a que estos, en lo más íntimo, se sentían ajenos a esa experiencia rupturista y hasta añoraban el esplendor vivido en la época virreinal. En ese sentido, frente a la sensación colectiva de que la independencia había sido concedida por la invasión de los ejércitos libertadores, Vicuña aportó el discurso de una «independencia concebida» por los criollos en plena dominación colonial, el cual sería adoptado por la historia oficial recién en la siguiente centuria. Pero la propuesta de Vicuña fue en su momento incomprendida y hasta olvidada, quizás porque su idea acerca del significado de la voz «revolución» fue ideoló-

Cooperación Iberoamericana, 1985; Peralta Ruiz, Víctor. *En defensa de la autoridad. Política y cultura bajo el gobierno del virrey Abascal. Perú, 1806-1816*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2002.

⁴⁸ Desde la década de 1980, la presencia de los diputados americanos (incluidos los peruanos) en las Cortes ha sido motivo de varios análisis exhaustivos, entre los que destacan los de Rieu-Millan, Marie-Laure. *Los diputados americanos en las Cortes de Cádiz: igualdad o independencia*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1990; y Chust, Manuel. *La cuestión nacional americana en las Cortes de Cádiz*. Valencia: Fundación Instituto Historia Social, 1999.

⁴⁹ Vicuña, *La revolución de la independencia*, pp. 131-132.

gicamente tributaria del horizonte utópico, romántico y liberal marcado por las revoluciones europeas de 1848. Además, aplicada a la realidad peruana, la frase «revolución de la independencia» fue una propuesta que resonó negativamente en un momento en que lo revolucionario (asociado con la prédica liberal más radical) había entrado en un irreversible declive coyuntural. El escenario político en 1860 estaba dominado por las fuerzas conservadoras, que sostuvieron el segundo gobierno de Ramón Castilla. Otro factor que contribuyó a que el medio académico ignorase la propuesta de Vicuña sobre la independencia fue su beligerante discurso antiperuano durante la guerra del Pacífico (1879-1883), en la que Chile venció al Perú y a Bolivia. El propio Vicuña, en vísperas de su fallecimiento, acaecido en 1886, lamentó haber escrito una obra apologética de los criollos peruanos, a los que ahora odiaba. Al margen de su desorden argumentativo, el libro *La revolución de la independencia del Perú*, con toda su novedosa propuesta (el uso de la historia oral como fuente testimonial, la formulación de una cronología marcada por la eclosión juntera hispanoamericana del año 1810 y la atención prestada al impacto de las Cortes de Cádiz), tuvo que esperar hasta las primeras décadas del siglo XX para ser rehabilitado y comprendido como un aporte interpretativo original del proceso de la emancipación.
